

III. TESTIMONIOS

Si alguien me pregunta qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo.

TATIANA GORICHEVA

22. DAVID Y TANIA

En el Congreso internacional «Camino a Roma», celebrado en Madrid en noviembre de 2001, varios conversos explicaron su itinerario espiritual. Selecciono, por su juventud, los de David y Tania, publicados en el número 451 de la revista *Palabra* en diciembre de 2001.

Camino a Roma

David, de padre musulmán y madre cristiana, nació hace veinticinco años en Chicago.

—*¿Cuál es su primer acercamiento al cristianismo?*

—Salvo mi abuela materna, nadie era religioso en mi familia. Nunca íbamos al servicio dominical y, para evitar conflictos, no celebrábamos la Navidad. Pero un año mi madre se empeñó en poner el árbol y celebrarla. Mi padre entonces se marchó de casa y, al poco tiempo, se divorciaron. Mi abuela materna murió de cáncer. En su honor mi madre comenzó a llevarnos al servicio dominical. Yo creía en Dios, pero no sabía nada de doctrina cristiana, ni rezar. Los pastores baptistas me bautizaron a los once años, pero no iba a catequesis. Después de algunos meses, mi herma-

na dejó de ir a la iglesia. Como tenía dieciséis años, mi madre no la obligaba. A mí, me daba rabia tener que ir a la iglesia. Además, me producía unas migrañas terribles. Finalmente, después de muchas protestas, dejé de ir. En los últimos años de escuela me dediqué a divertirme, a ir a fiestas y a tocar en un grupo de rap.

—*¿Cuándo se produjo el cambio de orientación religiosa?*

—Comencé a darme cuenta de que algo iba mal. Sin tener la noción de pecado, estaba descontento con la vida que llevaba y por mis malas calificaciones. Un día, caminando, una voz interior me animó a dejar todo aquello. Tenía diecisiete años. A partir de entonces quise hacer bien las cosas, pero no sabía cómo. Mi ignorancia era completa, pero Dios me ayudó. En una ocasión, hablando con dos amigos, salió en la conversación lo que la gente decía por entonces: que el mundo se iba a acabar en el año 2000. Uno de esos amigos me preguntó si había leído en el *Apocalipsis* los tremendos acontecimientos que acaecerían. A mí, todo aquello me asustó mucho. Creía en la Biblia, pero no la leía porque en casa teníamos una versión en inglés antiguo que no comprendía. Fue entonces cuando, cambiando de canal en televisión, me topé con un telepredicador protestante. Me llamó la atención por el peinado estilo «afro» que llevaba, pero acabé enterándome de lo que decía. Me aficioné a escuchar aquellas explicaciones de los telepredicadores, y comencé a leer la Biblia en la escuela. Había dejado el grupo de rap y las fiestas.

—*¿Y el encuentro con la Iglesia católica?*

—Tenía diecisiete años y todo ocurrió muy rápido. La

compañía de televisión por cable cambió los canales y, cuando buscaba mi canal favorito de música clásica, apareció la EWTN de la madre Angélica. Un sacerdote mostraba algunos templos católicos conocidos, mientras sonaba música clásica. Me quedé sintonizando aquello, y fue cuando me enteré de que había diferentes tipos de cristianos. Al poco tiempo de ver aquel canal, me empezó a gustar más lo católico que lo protestante. Pero yo era baptista y debía defender la religión de mi familia, así que me dediqué a analizar con detenimiento las enseñanzas católicas. Sobre todo, me dio mucho que pensar la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Cuando leí las palabras del Señor en el Evangelio de san Juan me di cuenta de su radicalidad. Me puse del lado católico. Aquellas palabras no dejaban lugar a dudas. Incluso comencé a tener grandes deseos de recibir al Señor. También las lecturas sobre historia de la Iglesia me daban mucha luz. No podía aceptar que la doctrina protestante fuera la verdadera, cuando habían comenzado a difundirla quince siglos después de Jesucristo. Me impresionó el Rosario, al escucharlo en la EWTN. Luego me sorprendí repitiendo *Avemarías*. Quizás mi afición al rap me llevaba a repetir esas frases de memoria. Casi no me las podía quitar de la cabeza.

—¿Notó alguna gracia sobrenatural?

—Todo era providencia, pero, después de un año de razonamientos, en la fiesta de año nuevo de 1994 tuve una luz muy particular para comprender todo con más facilidad. Como si hubiera franqueado de pronto el umbral hacia la comunión con Roma. Entonces me di cuenta de que creía en la Iglesia católica, no en otra. Con el permiso de mi ma-

dre, me fui a la parroquia católica más cercana. Era la fiesta de la Epifanía. Hablé con el sacerdote y me llevaron a otra parroquia donde comencé enseguida la catequesis. En Pascua realicé el rito de admisión a la Iglesia. Tenía dieciocho años.

—¿Cómo fue la acogida que le dispensó aquella comunidad católica?

—Fue normal. Me sorprendió la frialdad con que algunos vivían la fe. Pensé que no se daban cuenta de lo que tenían. También me apenó ver pocos jóvenes.

El segundo testimonio es de Tania, una joven cubana. Sus padres fueron bautizados de niños, pero abandonaron toda práctica religiosa tras la revolución castrista. El padre, además, era miembro del Partido Comunista.

—¿Cuál fue su primer paso hacia la fe?

—Yo no estaba bautizada, ni tenía formación religiosa alguna. No sabía rezar absolutamente nada. Me marché de casa para estudiar el preuniversitario. Era el curso 1991-1992. Así conocí a dos chicas católicas. Una me invitó a ir a misa. Se podía ir libremente a la iglesia, pero a los católicos se les vigilaba. Cuando fui a misa noté que los católicos eran diferentes: eran personas instruidas, educadas y delicadas en su manera de hablar. Notaba una gran diferencia humana y cultural entre el católico y el comunista.

—¿Qué fue lo que contribuyó más a su acercamiento al cristianismo?

—Sobre todo, encontrar respuesta a las preguntas que me inquietaban desde la adolescencia: el sentido del sufrimiento humano, la paradoja de la injusticia en el mundo, lo

que estaba pasando en mi país... También otros problemas familiares. En mi conversión influyó también un momento muy especial que nunca olvidaré. Fue clave. Se ve que el Espíritu Santo ya trabajaba en mi alma. Era el curso 92-93. Venía de la universidad leyendo en el autobús, completamente abarrotado. Una mujer muy pobre llevaba un vaso con un batido de chocolate. En Cuba ese tipo de productos son un lujo. Al llegar mi parada, esa mujer me ayudó con los bultos que yo traía y, sin querer, al moverme para bajarme le tumbé el vaso. Cuando me di cuenta ya estaba fuera del autobús. Ni siquiera tuve tiempo de pedirle perdón. La sensación que experimenté fue increíble. Aquello me había llegado al corazón. Me fui a casa llorando y cuando llegué, sola, me puse a escribir, porque necesitaba hablar con alguien. Sentía una necesidad muy viva de que alguien me perdonase. Y no sólo por el episodio del batido; también por otras cosas. Necesitaba el perdón. No conocía el sacramento de la Penitencia, pero buscaba algún camino para encontrar el perdón.

—*¿Cómo se produce finalmente su conversión?*

—En la parroquia por donde me llevó mi amiga católica, yo no me sentía digna de pertenecer a aquel grupo, porque no sabía nada y no creía en nada. Ni siquiera sabía el Padrenuestro y el Avemaría. Pero buscaba dónde encajar, y en mi ciudad empecé a frecuentar por mi cuenta una iglesia protestante. Después de acudir unas cuantas veces, vi que aquello no iba con mi manera de ser. Desde mi punto de vista, me parecían raras aquellas escenas de conmoción, los desmayos, el estruendo de la música... Por entonces estudiaba la carrera de Educación Especial. Me gustaba leer a

los clásicos. Eso influyó mucho, porque me ayudaba a tener una apreciación más profunda sobre la verdad del hombre como ser espiritual. Comencé a ir a otra iglesia católica más lejana a mi casa. Finalmente me percaté de que había otra, pequeña y antigua, muy cerca de donde vivía, que no había descubierto nunca. Era la parroquia de Santa Ana. Comencé a ir por allí asiduamente y a recibir clases de catecismo. Aquella comunidad católica me influyó muchísimo. Me atraía su mentalidad abierta y trascendente, así como la sencillez de las personas.

—*¿Hubo alguna dificultad para su conversión?*

—Mi padre era miembro del Partido Comunista. No le gustaba la idea de mi conversión. No le convenía. Yo no le decía nada de mi proceso interior, por si acaso. Estuve un año asistiendo a la catequesis, y el 26 de julio de 1994, fiesta de Santa Ana y San Joaquín, me bauticé, junto a varios adultos más. Resultó una ceremonia muy emocionante. Asistió mi madre, que ya había comenzado a practicar, y uno de mis hermanos, que también estaba en proceso de conversión. Luego me involucré bastante en el grupo de jóvenes de mi parroquia. Sentía un gran fervor y un gran deseo de que se convirtieran todos mis conocidos, porque me sentía completamente enamorada del Señor, y lo sigo estando.

23. Tatiana GORICHEVA

La fundadora del primer movimiento feminista ruso nació en Leningrado en 1947. Estudió Filosofía y fue educada en el ateísmo oficial del régimen comunista soviético. Tras convertirse al cristianismo, desplegó una intensa actividad intelectual, que provocó su encarcelamiento y posterior expulsión del país. Los párrafos siguientes pertenecen a su libro autobiográfico *Hablar de Dios resulta peligroso*, publicado en España por Herder en 1986.

Una conversión peligrosa

—Dígame usted, Tatiana Mijailova, ¿de dónde les viene a usted y a Poresch esa fe en Dios? Porque ustedes han sido educados en una familia soviética normal y sus padres son gente inteligente y atea. No tienen ustedes antecedentes sociales que expliquen su fe. No proceden de la clase noble ni tampoco de los campesinos. Por lo que se refiere a nuestra sociedad en su conjunto, no puede provocar una conciencia religiosa; entre nosotros no se dan las condiciones para ello: no existe la explotación del hombre por el hombre, en todas partes se lleva a cabo una propaganda atea, y todos saben leer y escribir sin que nadie crea ya en fábulas. En lo que aquí estamos todos interesados es en saber por qué cree usted en semejante absurdo, siendo como es una persona con formación universitaria. ¿Por

qué cree usted en un absurdo así, como si se tratase de una viejuca que no supiera leer ni escribir?

No era la primera vez que en la KGB entablaba esa conversación en tales términos. Al principio yo empezaba por explicarme en la medida que me era posible, e intentaba hacer comprender que nuestra fe no podía deberse a ninguna influencia occidental, que el Dios vivo estaba personalmente en mi alma, y que no hay una alegría mayor que esa nueva vida dentro de la Iglesia. No sé si lograba que entendiesen algo. Supongo que no. Esa gente desarrollaba una lucha implacable contra la fe, contra el espíritu, contra aquello que no era accesible a su inteligencia pero consideraban como la máxima amenaza y el enemigo más peligroso. Eran asesinos, cínicos e inhumanos, y tenían una astucia diabólica. No encontraban explicación materialista para las conversiones al cristianismo, pero eso no les impedía condenar a Wolodia Poresch, un hombre moralmente luminoso, tranquilo y de grandes dotes, a once años de cárcel.

Si alguien me pregunta qué significa para mí el retorno a Dios, qué es lo que esa conversión me ha hecho patente y cómo ha cambiado mi vida, puedo contestarle con toda sencillez y brevedad: lo significa todo. Todo ha cambiado en mí y a mi alrededor. Y, para decirlo con mayor precisión: mi vida empezó sólo después de haber encontrado a Dios. Para las personas que hayan crecido en países occidentales, no es fácil de entender. Son personas nacidas en un mundo en el que existen tradiciones y normas, aunque ya no sean totalmente estables. Esas personas han podido desarrollarse de una manera «normal», leyendo los libros

que han que-rido, eligiendo sus amigos y haciendo la carrera que han preferido. Han podido viajar a cualquier país. O han podido retirarse del mundo, bien para cuidarse amorosamente de su familia, para encerrarse en un monasterio o para dedicarse a la ciencia, eligiendo para ello su lugar preferido.

Yo he nacido, por el contrario, en un país en el que los valores tradicionales de cultura, religión y moral han sido arrancados de raíz de una manera intencionada y con éxito; yo no vengo de ninguna parte y a ninguna parte voy: he carecido de raíces y he tenido que encaminarme hacia un futuro vacío y absurdo. En mi adolescencia tuve una amiga que se quitó la vida a los quince años, porque no pudo soportar todo lo que la rodeaba. Al morir dejó escrita una nota que decía «Soy una persona muy mala», cuando en realidad era una criatura de corazón extraordinariamente puro, que no podía tolerar la mentira y que no pudo mentirse a sí misma. Aquella muchacha se quitó la vida porque descubrió que no vivía como hubiera debido, y porque de alguna manera había que romper el vacío que a una le rodeaba y encontrar la luz. Pero ella no encontró ese camino. Mi amiga era una persona demasiado profunda y extraordinariamente consciente para su edad, y comprendió que también ella tenía en todo una responsabilidad y una culpa. Hoy, a los veinte años de su muerte, yo puedo expresarlo en un lenguaje cristiano: mi amiga había descubierto su condición de pecadora. Había descubierto una verdad fundamental: que el hombre es débil e imperfecto; pero no descubrió la otra verdad, aún más importante: que Dios puede salvar al hombre, arrancarlo de su condición de caído y sacarlo de las tinieblas más impenetrables. De esa esperanza

nadie le había dicho nada, y murió oprimida por la desesperación.

Personalmente no podía compararme con mi amiga en sus dotes espirituales. Yo vivía como una bestezuela, acorralada y furiosa, sin erguirme jamás y levantar la cabeza, sin hacer intento alguno por comprender o decir algo. En las redacciones escolares escribía —como era obligado— que amaba a mi patria, a Lenin y a mi madre; pero eso era lisa y llanamente una mentira. Desde mi infancia odié todo lo que me rodeaba: odiaba a las personas con sus minúsculas preocupaciones y angustias; más aún: me repugnaban; odiaba a mis padres, que en nada se diferenciaban de todos los demás y que se habían convertido en mis progenitores por pura casualidad. Oh, sí, yo enloquecía de rabia al pensar que, sin deseo alguno de mi parte y fruto de un momento totalmente absurdo, me habían traído al mundo. Odiaba hasta la naturaleza con su ritmo eternamente repetido y aburrido de verano, otoño, invierno...

En la escuela, por supuesto, sólo se fomentaban las cualidades externas y combativas. Se alababa a quien realizaba mejor un trabajo, al que podía saltar más alto, al que se distinguía por algo. Con ello se reforzó aún más mi orgullo, que floreció plenamente. Mi meta fue entonces ser más inteligente, más capaz, más fuerte que los demás. Pero nadie me dijo nunca que el valor supremo de la vida no está en superar a los otros, en vencerlos, sino en amarlos. Amar hasta la muerte, como únicamente lo hiciera el Hijo del hombre, al que nosotros todavía no conocíamos.

Hubo un tiempo en que aspiré a una vida íntegra y consecuente. Me sentí filósofa y dejé de engañarme a mí misma y a los demás. Pero la verdad amarga, terrible y triste

estaba para mí en primer plano, y por ello mi existencia seguía tan desgarrada y contradictoria como antes. Experimentaba un gusto permanente por el contraste y el absurdo, por los imponderables de la vida. También alentaba en mí el esteticismo. De día, por ejemplo, me gustaba mucho ser una alumna brillante, el orgullo de la Facultad de Filosofía, y trataba con intelectuales sutiles, asistía a conferencias y coloquios científicos. Me gustaba hacer observaciones irónicas y sólo me daba por satisfecha con lo mejor en el aspecto intelectual. Por la tarde y por la noche, en cambio, me mantenía en compañía de marginados y de gente de los estratos más bajos, ladrones, alienados y drogadictos. Esa atmósfera sucia me encantaba. Nos emborrachábamos en bodegas y buhardillas. Me invadió entonces una melancolía sin límites. Me atormentaban angustias incomprensibles y frías, de las que no lograba desembarazarme. A mis ojos me estaba volviendo loca. Ya ni siquiera tenía ganas de seguir viviendo. ¡Cuántos de mis amigos de entonces han caído víctimas de ese vacío horroroso y se han suicidado! Otros se han convertido en alcohólicos. Algunos están en instituciones para enajenados... Todo parecía indicar que no teníamos esperanza alguna en la vida.

Pero el viento del Espíritu Santo «sopla donde quiere», otorga vida y resucita a los muertos. ¿Qué fue lo que me ocurrió entonces? Que nací de nuevo. En efecto, fue un segundo nacimiento lo que experimenté. Cansada y desilusionada, realizaba mis ejercicios de yoga y repetía los *mantras*. Conviene saber que hasta ese instante yo nunca había pronunciado una oración, ni conocía realmente oración alguna. Pero el libro de yoga proponía como ejercicio una plegaria cristiana, en concreto la oración del Padrenuestro.

¡Justamente la oración que nuestro Señor había recitado personalmente! Empecé a repetirla mentalmente como un *mantra*, de un modo inexpresivo y automático. La dije unas seis veces. Entonces, de repente, me sentí trastornada por completo. Comprendí —no con mi inteligencia ridícula, sino con todo mi ser— que Él existe. ¡Él, el Dios vivo y personal, que me ama a mí y a todas las criaturas, que ha creado el mundo, que se hizo hombre por amor, el Dios crucificado y resucitado!

¡Qué alegría y qué luz esplendorosa brotó entonces en mi corazón! Pero no sólo en mi interior. El mundo entero, cada piedra, cada arbusto, estaban inundados de una suave luminosidad. El mundo se transformó para mí en el manto regio y pontifical del Señor. ¿Cómo no lo había percibido hasta entonces? Así empezó mi vida. Mi redención era algo perfectamente concreto y real. Había llegado de un modo repentino, aunque la había anhelado desde mucho tiempo atrás.

En un Estado totalitario la Iglesia se nos aparecía como la única isla limpia en la que realmente se podía vivir. Era la antítesis de cualquier ideología asesina y embrutecedora. Y el poder de la ideología es realmente absoluto en nuestro Estado. La ideología corrompe la personalidad, mientras que en la Iglesia es la persona la que debe madurar en toda su plenitud. La ideología vive como un parásito de los sentimientos y de la infelicidad de los hombres. En la Iglesia se da el trato afectivo y creador de las personas entre sí, hay una comunicación sin mentiras.

En la emigración. 29 de julio de 1980

He llegado a Viena. ¿Qué es lo que he sentido aquí? ¿He vivido el sentimiento de libertad? No. Tampoco en Rusia

era libre. La libertad es un don de Dios. Es una obligación. No un derecho. Tuve la sensación de que había caído en un mundo de formas, donde todo encontraba su expresión y un envoltorio elegante. Aquí todas las cosas quieren agradar, y todo tiende de alguna manera a servir al hombre. Me sorprendió enormemente ver cómo el hombre ocupa el centro dentro del modo de vida occidental, esa forma de marcado antropocentrismo.

Si en Rusia teníamos que consumir al menos la mitad de nuestras energías vitales en superar miles de impedimentos que lleva consigo una forma de vida absurda y difícil, como el ruido de las calles, el apretujamiento en las oficinas, las largas colas ante las tiendas de comestibles, la lucha por un puesto en los transportes públicos, la grosería e irritabilidad generales, etc., aquí esas dificultades no se daban. Pero había otras: el exceso de cosas hermosas, de cosas que a una la arrastran, si no está lo bastante orientada hacia el cielo. Aquí la tierra te puede tragar para siempre.

24. José Luis MARTÍN DESCALZO

José Luis Martín Descalzo (1930-1991), sacerdote, periodista y escritor español, premio Nadal en 1956, ha regalado a sus lectores, durante muchos años, un artículo semanal lleno de sentido común y sentido cristiano, escrito siempre desde el optimismo. Los libros donde posteriormente se han recogido esos artículos nos brindan generosamente lo que sus títulos prometen: *Razones para vivir*, *Razones para la alegría* y *Razones para la esperanza*. A éste último pertenece el texto que he escogido.

La sordera de Dios

El otro día recibí una carta que me produjo una gran tristeza. Tristeza porque era anónima (su autora, contradictoriamente, me pedía ayuda y me quitaba toda posibilidad de dársela al cerrarme, además, su amistad, que implica, como mínimo, no ocultar el nombre y la mano que se tiende). Pero triste sobre todo porque dejaba ver lo mucho que aquella buena señora estaba sufriendo: hacía pocos meses que había muerto, casi repentinamente, su marido, y ella, no sólo no había logrado digerir esa muerte, sino que la estaba volviendo en un odio creciente a Dios y a toda su formación religiosa.

Se sentía estafada. ¿No le aseguraban que Dios protegía y amaba a los buenos, a los que le amaban? ¿No le habían contado mil veces que la oración todo lo puede? ¿Por qué Dios se había vuelto sordo ante sus gritos la primera vez en que realmente había clamado hacia Él? Y las promesas que algunos le daban ahora de que algún día le reencontraría, ¿no serían un cuento más para tranquilizarla? De otro modo, ¿por qué en su alma, lejos de crecer la pacificación, aumentaba de hora en hora la «certeza», decía ella, de que detrás no hay nada, de que todo es una gigantesca fábula, que la habían engañado como a una niña desde que nació?

Me hubiera gustado poder charlar serenamente con esta señora. Averiguar, sobre todo, si estos desgarramientos venían del impacto de un golpe tremendo del que no se había repuesto y que le impedía hasta discurrir, o si eran fruto de un discurso sereno (y envenenado) de su alma. Pero toda esa posibilidad me la negaba al no firmar su carta y tampoco podía esperar, sensatamente, que en el corto espacio de un artículo yo contestara y tratara de curar cada una de «sus» heridas, distintas sin duda de las de otras personas que hubieran pasado por un problema parecido.

Tal vez en esa conversación yo hubiera podido ser hasta un poquito duro con esa señora y decirle abiertamente que ese gran dolor podía ser «su gran clarificación», la hora en que descubriera que la educación que le dieron y el Evangelio que ella de hecho practicaba no eran, en realidad, un verdadero cristianismo sino una variante de religiosidad egoísta y piadosa. Al parecer su Dios era algo hecho para hacerla feliz a ella y no ella alguien destinada a servir a Dios. Su Dios era «bueno» en la medida que le concedía lo que ella deseaba, pero dejaba de serlo cuando señalaba un

camino más empinado o estrecho. Tal vez hubiera podido aclararle que es cierto que la oración concede todo lo que se pide, siempre que se le pida a Dios que nos conceda lo que Él sabe que realmente necesitamos, y que la gran plegaria no es la que logra que Dios quiera lo yo quiero, sino que yo logre llegar a querer lo que quiere Dios. Amar a Dios porque nos resulta rentable es confundir a Dios con un buen negocio.

La fe en Dios, su amor, la confianza en Él son cosas bastante diferentes de lo que mucha gente cristiana piensa. Los verdaderos santos, como los auténticos amantes, vivieron el amor de Dios, pero sin pasarse toda la vida preguntándose cómo se lo iba Él a agradecer.

Sería interminable hablar de todo esto. Pero yo quiero concluir citando unos fragmentos de una carta de santo Tomás Moro, escrita en la Torre de Londres, cuando esperaba que, por su fidelidad a Dios y a su conciencia, iban a cortarle dentro de muy pocos días la cabeza:

«Aunque bien sé —dice a su hija— que mi miseria ha sido tan grande que merezco que Dios me deje resbalar, no puedo sino confiar en su bondad misericordiosa que, así como su gracia, me ha fortalecido hasta aquí y ha hecho que mi corazón se conforme con la pérdida de todos mis bienes y mis tierras, y la vida también, antes que jurar contra mi conciencia. Nunca desconfiaré de Él, Meg; aunque me sienta desmayar, sí, aunque sintiera mi miedo a punto de arrojarme por la borda, recordaré cómo san Pedro, con una violenta ráfaga de viento, empezó a hundirse a causa de su fe desmayadiza, y haré como él hizo: llamar a Cristo y pedirle ayuda. Y espero que entonces extienda su santa mano hacia mí y, en el mar tempestuoso, me sostenga para no ahogar-

me. Sí, y, si permite que aún vaya más lejos en el papel de Pedro y caiga del todo por el suelo y que jure y perjure también, aún así confiaré en que su bondad echará sobre mí una tierna mirada llena de compasión, como hizo con san Pedro, y me levante otra vez y confiese de nuevo la verdad de mi conciencia. Sé que sin culpa mía no dejará que me pierda. Me abandonaré, pues, con buena esperanza en Él por entero. Y, si permite que por mis faltas perezca, todavía entonces serviré como una alabanza de su justicia. Pero la verdad, Meg, confío en que su tierna compasión mantendrá mi pobre alma a salvo y hará que ensalce su misericordia [...] Nada puede ocurrir sino lo que Dios quiere. Y yo estoy muy seguro de que, sea lo que sea, por muy malo que parezca, será de verdad lo mejor.»

Ser cristiano es aceptar cosas como éstas, disparates como éstos. Saber que la hora de la oscuridad es la mejor hora para verle. Aceptar que un dolor, por espantoso que sea, puede ser el momento verdadero en que tenemos que demostrar si amamos a Dios o nos limitamos a utilizarle.

25. Gustave THIBON

Un campesino francés, lector, pensador y escritor autodidacta, recibe en 1964 el Gran Premio Literario de la Academia Francesa. Se llama Gustave Thibon (1903-2001). Los párrafos que siguen han sido entresacados de su libro *Nuestra mirada ciega ante la luz* (Rialp, 1973), cuya versión original fue publicada en París, en 1955. En ellos interpreta en clave divina el deseo de felicidad que anida en el corazón de toda persona: «En realidad, todo el mundo busca a Dios, ya que todo el mundo pide a la tierra lo que ésta no puede dar.»

La plenitud soñada

«¿Cómo hablaré a los hombres?», se preguntaba Saint-Exupéry poco antes de que su voz se apagara en el silencio eterno. Es el tormento de todo hombre que intenta escribir, no por el puro afán de reunir palabras, ni por el deseo de difundir ideas, sino para hacer que sus hermanos participen de una verdad y un amor que viven en su alma con más fuerza que él mismo. ¿Dónde hallar las palabras que designen, que alcancen la fuente del ser? ¿Dónde encontrar los términos que trasciendan más allá de sí mismos?

Y, ante todo, ¿qué es el hombre? Un ser que piensa, que ama, que va a morir y que lo sabe. Poco importa que se esfuerce en olvidarlo, que intente vendarse los ojos inútil-

mente con las apariencias: los ojos del alma no se ciegan como los del cuerpo, y el hombre lo sabe. Es su única certeza, la única promesa que no ha de fallar, la gran paradoja de la vida, cuya suprema verdad se halla en la muerte.

Haga lo que haga y desee lo que desee, tanto si se aferra al pasado como si corre hacia el futuro, tanto si se busca como si huye de sí mismo, tanto si se endurece como si se abandona, en la sensatez como en la locura, el hombre no tiene más que un deseo y una meta: escapar de las redes del tiempo y de la muerte, traspasar sus límites, llegar a ser más que hombre. Su verdadera morada es un más allá, su patria está fuera de sus fronteras. Pero su desgracia estriba –y ahí está el nudo de esa perversión que llamamos error, pecado o idolatría– en que, engañado por las apariencias y buscando lo eterno al nivel de lo efímero, se aleja aún más de la unidad perdida, de la plenitud vislumbrada entre sueños.

Habría que hacer ver a los hombres la maravilla de la realidad divina que su sueño presiente y a la vez oculta. Hacerles comprender que el hambre de Dios se esconde en las cosas en apariencia más ajenas a lo divino: sus ocupaciones cotidianas, sus pasiones terrenas, su mismo materialismo, porque la materia sólo tiene valor como signo del espíritu. En realidad, todo el mundo busca a Dios, ya que todo el mundo pide a la tierra lo que ésta no puede dar. Todo el mundo busca a Dios, puesto que todo el mundo busca lo imposible.

Si el supremo valor del hombre consiste en la superación de lo humano y en la aspiración expresa o tácita hacia el ser inefable al que un Padre de la Iglesia griega llama «el más allá de todo», nuestro siglo no me parece indigno del beso

de la eternidad. Tal vez nunca como ahora el hombre se haya sentido tan a disgusto encerrado en sus propios límites. Así como ha logrado la desintegración del átomo, ha hecho también estallar dentro de sí todas las dimensiones de lo humano. De tal modo se ha vaciado de su equilibrio natural y de sus seguridades terrestres que ya sólo puede detenerlo al borde de la nada el contrapeso de lo absoluto.

Mi única ambición es invitar a los que me lean a hacer coincidir su mirada con esa gota de luz eterna que es el vestigio y el germen de Dios en el hombre. Porque la muerte —el único hecho indiscutible del futuro— nos espera según la altura de nuestro deseos, como una novia o como un verdugo, y de todos los actos de nuestra alma sólo subsistirá nuestra participación en aquello que, por no proceder del tiempo, no morirá con él. Cronos únicamente devora a sus hijos.

Hace un instante me complacía en ver al hombre tan despojado de sí mismo que no le quedaba otro remedio que acudir a Dios. Pero hay otros momentos en que me pregunto si aún le queda sustancia humana suficiente para que pueda prender en ella el injerto divino. El violentar de modo habitual los ciclos de la vida, la desaparición progresiva de las diferencias y de las jerarquías, el individuo transformado en grano de arena y la sociedad en desierto; la sabiduría reemplazada por la erudición, el pensamiento por la ideología, la información por la propaganda, la gloria por la publicidad, las costumbres por las modas, los principios morales por fórmulas muertas, los padres por tutores; el olvido del pasado haciendo estéril el futuro; la desaparición del pudor y del sentido de lo sagrado; la máquina rebelándose contra su autor y recreándolo a su imagen;

todos estos fenómenos de erosión espiritual, aliados al orgullo exacerbado de nuestras conquistas materiales ¿no corren el riesgo de conducirnos hasta ese grado límite de agotamiento vital y de autosuficiencia más allá del cual la piedad de Dios asiste, impotente, a la decadencia de todo lo humano?

¿Cómo mostrar a los hombres esta dimensión divina que, al entregarles el infinito, les curaría de su aberración? Al hombre moderno, antes que hablarle de Dios hay que ayudarlo a darse cuenta del vacío y falsedad que encierran todos los ídolos por los que inútilmente intenta sustituir a Dios. Hay que hacerle descubrir, como quiere santa Teresa, que su deseo no tiene remedio, que es insaciable y más real que todos los objetos en los que hasta ahora ha intentado en vano satisfacerse. Si lo comprende así, el mismo deseo le irá llevando hacia Dios. El diagnóstico indica el remedio: analizando las causas profundas de la sed es como más directamente se llega a la fuente.

Hemos sido creados para lo divino, pero también para lo sensible. Soñamos al mismo tiempo en la plenitud espiritual y en el amor humano y por eso caemos tan fácilmente en su trampa. Cuando la belleza sensible se nos ofrece, ya no nos basta aceptarla como tal, es decir, como una cosa efímera y limitada, y le pedimos que sacie nuestra sed de misterio y de absoluto. Esperamos de ella un Dios a quien podamos estrechar entre nuestros brazos, la prueba del espíritu por los sentidos y de lo eterno por el tiempo... Hasta que llega la hora inevitable y nos damos cuenta de que lo que estrechamos en ella no es Dios, sino nuestro deseo desorientado pero incurable de Él. Dichosos entonces si descubrimos que ese ser impotente para saciar nuestra sed su-

fre también nuestra misma sed, y de este modo logramos asociar nuestras dos miserias en una única plegaria. Ésa es la única posibilidad de supervivencia del amor humano. No se trata de encontrar a Dios el uno en el otro, sino de buscarlo juntos. La pobreza reconocida y aceptada nos lleva hacia la verdadera riqueza, mientras que la emisión de falsa moneda sólo puede conducirnos a la ruina.

«Amor es la reducción del universo a un solo ser y el ahondamiento en ese único ser hasta llegar a Dios» (Víctor Hugo). La fórmula es extraordinaria por su precisión y densidad. Reducir en superficie (el universo se desvanece en aras de un solo ser) y aumentar en profundidad (descubrimos a Dios a través de un solo ser penetrado a fondo). En su primer estadio, el amor es un pecado de idolatría (tú solo); en el segundo, ya es la virtud de la religión (Dios en ti). Toda alma se concentra en un solo punto de ese inmenso velo de apariencias que llamamos universo, pero, en ese punto preciso, el velo se desgarrar y nos deja ver la realidad divina.

Esta vida que amo con toda la ternura de un hijo, con toda la pasión de un amante, me ha colmado de dones que desbordaban mis deseos, y he de morir con los ojos y el corazón llenos de sus dulces recuerdos. Pero ¿qué es el recuerdo de una imagen, más que el reflejo y la promesa de un modelo? ¿Puedo hacer algo mejor que desear el modelo a través de sus copias? Lo más puro que la tierra me ha dado es lo que me venía de más allá de la tierra, y más que un esbozo de porvenir era una llamada hacia la perfección eterna. Lo que me atrae más allá de la vida es esos fulgores de eternidad que la atraviesan. Tengo sed de la luz inmarcesible de la que proceden esos fulgores efímeros.

En la certidumbre de la derrota, una sola esperanza me queda: el Dios que me creó a su imagen y semejanza me perdonará quizá que en sus criaturas finitas nunca haya amado más que a su imagen infinita. Porque Te juro que jamás he amado, que jamás he buscado a nadie más que a Ti, que eres la inocencia infinita, la boca que no sabe decir que no. A veces he borrado y confundido las distancias y los planos, he podido ahogarme en el barro o perderme en las nubes, pero en ese barro sólo he buscado la huella de Tus pasos y en esas nubes la estela de Tu luz. Si mi locura ha traspasado los límites de Tu ley es porque traducía la impaciencia de mi amor. Y si he desconocido los bienes velados de la tierra ha sido por perseguir la inaccesible pureza de Tu bien. Es verdad que tuve también mis ídolos, que me fueron dulces y próximos como el anochecer y el lecho al trabajador fatigado: pero Tú estabas en ellos y detrás de ellos, y mi adoración los ha atravesado siempre para llegar a alcanzarte. Castígame si quieres, no tengo miedo de Ti. Abre el desierto bajo mis pasos y aparta de mis labios todas las fuentes: siempre mi sed de Ti me atará a Ti.

26. Narciso YEPES

Sencillo y genial al mismo tiempo, Narciso Yepes (1927-1997) personifica un importante capítulo de la historia universal de la guitarra. Las páginas siguientes reflejan su hondura religiosa, y reproducen en su mayor parte la entrevista que concedió a Pilar Urbano, publicada en el número 149 de la revista *Época* en enero de 1988.

A Dios le encanta mi música

El pretexto de esta conversación es el sillón número 18 de la Real Academia de Bellas Artes que, sustituyendo a Andrés Segovia, ocupará Yepes. Pero el motivo es, como siempre, abrir de par en par el personaje y asomarse a la persona: este hombre de cuerpo pequeño y macizo, rostro tosco, mirada suave como la seda y sonrisa inocente. Este hombre de manos pequeñas y gordezuelas, como nidos de gorrión, pero, ¡ah!, prodigiosamente sensitivas, certeras y firmes en el acorde, audaces y agilísimas en el arpegio. Manos que rasgúan, que tañen, que pulsan, que hacen vibrar y estremecerse las cuerdas de la guitarra, como si las yemas de sus dedos fuesen los terminales inteligentes de un portentoso cerebro... zahorí de manantiales musicales. Que eso es Narciso Yepes: un insaciable buscador del agua sonora que duerme en el cuenco oscuro de su guitarra.

—*Narciso, dígame una cosa con toda sinceridad: ¿Qué es el triunfo para usted?*

—Me pide sinceridad total, ¿no? Pues así le hablaré. Jamás me he preocupado por el éxito, ni por el triunfo, ni por el aplauso... Todo lo que me ha ido viniendo de aceptación, por parte del público o de la crítica, lo he recibido con las mismas dosis de alegría que de humildad. Yo soy humilde de cuna y creo que soy humilde de espíritu. Y en eso no pienso cambiar. Nunca me he envanecido, ni me he endiosado. El éxito no afecta al interior de mi ser. Dicho con más crudeza: mis entrañas no saben qué es la fama. Y eso es bueno. Uno sigue siempre agujoneado por el instinto de superación. No considero jamás que en nada de lo que hago haya llegado a la cumbre.

—*Pero usted trabaja con sus partituras y su guitarra para dar esa música a otros...*

—Sí, ¿y qué?

—*Luego... está buscando un eco, y que le sea favorable.*

—Yo recreo la música, primero, para mi gozo solitario. Y, sólo después, para darla a oír a los demás. Cuando doy un concierto, sea en un gran teatro, sea en un auditorium palaciego, o en un monasterio, o... tocando sólo para el Papa, como hice una vez en Roma ante Juan Pablo II, el instante más emotivo y más feliz para mí es ese momento de silencio que se produce antes de empezar a tocar. Entonces sé que el público y yo vamos a compartir una música, con todas sus emociones estéticas. Pero yo no sólo no busco el aplauso, sino que, cuando me lo dan, siempre me sorprenden..., ¡se me olvida que, al final del concierto, viene la ova-

ción! Y le confesaré algo más: casi siempre, para quien realmente toco es para Dios... He dicho «casi siempre» porque hay veces en que, por mi culpa, en pleno concierto puedo distraerme. El público no lo advierte. Pero Dios y yo sí.

—*Y... ¿a Dios le gusta su música?*

—¡Le encanta! Más que mi música, lo que le gusta es que yo le dedique mi atención, mi sensibilidad, mi esfuerzo, mi arte..., mi trabajo. Y, además, ciertamente, tocar un instrumento lo mejor que uno sabe, y ser consciente de la presencia de Dios, es una forma maravillosa de rezar, de orar. Lo tengo bien experimentado.

—*Perdone la humorada, Yepes: es precioso que usted actúe para un espectador divino; pero, si al artista en pleno concierto «se le va el santo al cielo», el público puede pensar que allí está de más...*

—¡No! ¡Yo toco con los pies bien en el suelo! Yo soy consciente de que hay un diálogo mudo, una corriente mutua de energía que pasa de mí al público y del público a mí. Cuando se tiene el alma llena de fe y de amor, necesariamente se produce esa comunicación. No das notas, das... todo un mundo de evocaciones, de ideas, y de emociones que están entre las notas y en tu mente y en tu corazón y en las yemas de tus dedos. Das... tu vida interior. Al espectador de butaca y al de allá arriba a la vez.

—*¿Siempre ha tenido usted esa fe religiosa que ahora tiene?*

—No. Mi vida de cristiano tuvo un largo paréntesis de vacío, que duró un cuarto de siglo. Me bautizaron al nacer, y ya no recibí ni una sola noción que ilustrase y alimentase mi fe... ¡Con decirle que comulgué por primera vez a los

veinticinco años! Desde 1927 hasta 1951, yo no practicaba, ni creía, ni me preocupaba lo más mínimo que hubiera o no una vida espiritual y una trascendencia y un más allá. Dios no contaba en mi existencia. Pero... luego pude saber que yo siempre había contado para Él. Fue una conversión súbita, repentina, inesperada... y muy sencilla. Yo estaba en París, acodado en un puente del Sena, viendo fluir el agua. Era por la mañana. Exactamente, el 18 de mayo. De pronto, le escuché dentro de mí... Quizás me había llamado ya en otras ocasiones, pero yo no le había oído. Aquel día yo tenía «la puerta abierta»... Y Dios pudo entrar. No sólo se hizo oír, sino que entró de lleno y para siempre en mi vida.

—¿Una conversión a lo Paul Claudel, a lo André Frossard..., a lo san Pablo?

—¡Ah..., yo supongo que Dios no se repite! Cada hombre es un proyecto divino distinto y único; y para cada hombre Dios tiene un camino propio, unos momentos y unos puntos de encuentro, unas gracias y unas exigencias... Y toda llamada es única en la historia...

—Dice usted que «le escuchó», que «se hizo oír»..., ¿he de entender, Narciso, que usted, allí junto al Sena, «oyó» palabras?

—Sí, claro. Fue una pregunta, en apariencia, muy simple: «¿Qué estás haciendo?» En ese instante, todo cambió para mí. Sentí la necesidad de plantearme por qué vivía, para quién vivía... Mi respuesta fue inmediata. Entré en la iglesia más próxima, Saint Julian le Pauvre. Y hablé con un sacerdote durante tres horas... Es curioso, porque mi desconocimiento era tal que ni me di cuenta de que era una iglesia ortodoxa. A partir de ese día busqué instrucción religiosa,

católica. No olvide que yo estaba bautizado. Tenía la fe dormida y... revivió. Y ya desde aquel momento nunca he dejado de saber que soy criatura de Dios, hijo de Dios... Un hombre con una cita de eternidad que se va tejiendo y recorriendo ya aquí en compañía de Dios. Así como hasta entonces Dios no contaba para nada en mi vida, desde aquel instante no hay nada en mi vida, ni lo más trivial, ni lo más serio, en lo que yo no cuente con Dios. Y eso en lo que es alegre y en lo que es doloroso, en el éxito, en el trabajo, en la vida familiar, en una pena honda como la de que te llame la Guardia Civil a media noche para decirte que tu hijo ha muerto...

—Esa noticia, ese desgarró, ¿no le hizo encararse con Dios y... pedirle explicaciones? ¿Lo aceptó a pie firme?

—¿Pedirle explicaciones? ¿Por qué iba a hacerlo? Sentí y sigo sintiendo todo el dolor que usted pueda imaginarse..., y más. Pero sé que la vida de mi hijo Juan de la Cruz estaba amorosamente en las manos de Dios... Y ahora lo está aún con más plenitud y felicidad. Por otra parte, Pilar, cuando se vive con fe y de fe, se entiende mejor el misterio del dolor humano. El dolor acerca a la intimidad de Dios. Es... una predilección, una confianza de Dios hacia el hombre.

—Dios trata duro a los que quiere santos...

—Pues... sí. Así es. Pero no es el trato duro, áspero e insufrible de un todopoderoso tirano, sino..., ¿sabré hacerme entender?, la caricia de un padre que se apoya en su hijo. Y esa caricia... limpia, sosiega y enriquece el alma. Y se obtiene la certeza moral y hasta física de que la muerte ha de

ser un paso maravilloso: llegar, por fin, a la felicidad que nunca acaba y que nada ni nadie puede desbaratar... ¡Empezar a vivir de verdad!

—Oyéndole hablar puede parecer que en usted no hay, como en todos los mortales, el hombre carnal, el bajo mundo de pasiones, la rebeldía del barro... Se diría que en usted hay una espiritualidad de superhombre, o de superángel, sin lucha, sin tentación, sin caída... ¡y sin tibieza ni rutina! ¿No es demasiado sublime para ser real?

—Pues no habré sabido explicarme. ¡Claro que hay tentación! Pero también hay gracia. ¿Rutina, tibieza? Si se nutre a diario la experiencia de vivir estando al tanto de Dios, no cabe la rutina: Él interpela de continuo con preguntas y con solicitudes nuevas... Y uno va de hallazgo en hallazgo. ¡Nada es igual! Todo es novedad. Ya le dije que Dios no se repite nunca... Ciertamente, yo no le planteo rebeldía a Dios: hacer las cosas bien me cuesta, como a cualquiera. Pero, desde la libertad para decir «No quiero», decido decir «Sí quiero». Porque, además de creer en Dios..., yo le amo. Y lo que es incomparablemente más afortunado para mí: Dios me ama. ¡Cambiaría tanto la vida de los hombres si cayesen en la cuenta de esta espléndida realidad!

—Pero el mundo camina en otra dirección... Justo la contraria.

—Sí. Es tremendo que el hombre, por cuatro cachivaches técnicos que ha conseguido empalmar, se haya creído que puede prescindir de Dios y trate de arreglar esta vida con su solo esfuerzo... Pero ¿qué está consiguiendo? No es más feliz, no tiene más paz, no se siente más seguro, no progresa auténticamente, pierde el respeto a los demás hombres,

TESTIMONIOS

utiliza mal los recursos creados..., y él mismo es cada vez menos humano. La sociedad tecnificada y postindustrial de este siglo que vivimos ha perdido su norte. Está equivocada. Marcha fuera del camino...; por eso no avanza verdaderamente. Y esto lo afirmo y, si me lo pone por escrito, lo firmo.

—Otra cuestión: de un tiempo a esta parte, y refiriéndose a terroristas que han asesinado, se dice «no es posible estrechar unas manos manchadas de sangre». Mi pregunta es comprometedora. Yepes, ¿usted daría la mano a un etarra asesino?

—Hay manos que se manchan de sangre apretando un gatillo, hay manos que se manchan de sangre provocando una guerra o practicando un aborto... Hay manos que se manchan firmando leyes que van contra la Ley Natural... Pero no hay ninguna mano definitivamente indigna. El hombre, por muy abyecto que sea, siempre está a tiempo para dejar de serlo. Vivir es eso: estar todavía a tiempo.

—Supongo, pues, que usted no es partidario de la pena de muerte.

—¡En modo alguno! ¿Quién es el hombre para disponer de la vida de otro hombre? Castigo al delincuente, sí. Pero pena de muerte, nunca. Quizás porque soy converso creo más que otros en la capacidad de regeneración y de redignificación del ser humano. Y no se debe cercenar esa posibilidad.

«¡Dios ha muerto. Viva el superhombre!»

Nietzsche

«Sólo existen dos clases de personas razonables:
las que sirven a Dios de todo corazón porque
le conocen, y las que le buscan de todo corazón
porque no le conocen»

Pascal

«A la edad de 16 años notifiqué formalmente al
capellán de mi colegio que Dios no existía. Aquellos
que hayan leído mis novelas quizá entenderán
el carácter del mundo en el que exuberantemente
me zambullí. Diez años de ese mundo bastaron
para mostrarme que la vida allí o en cualquier otro
lugar, era incomprendible e insoportable sin Dios»

Evelyn Waugh

«Cuando estamos enfermos, cuando el terror
psicológico o físico se apodera de nosotros, cuando
nuestros hijos mueren en nuestros brazos, gritamos.
Que ese grito resuene en el vacío, que sea un reflejo
perfectamente natural, incluso terapéutico, pero
nada más, es casi imposible de soportar»

George Steiner

«Reúno en este libro los testimonios de un puñado
de escritores famosos, enfrentados a la más radical
de las cuestiones humanas: la pregunta sobre Dios»

El autor

ISBN 84-95894-10-6



9 788495 894106

Pensamiento BELACQVA / LOGOS